

Mitos y Leyendas

Enrique Castro

Es un poeta de la pintura, un transformador de imágenes y metáforas, un admirador de los crepúsculos y del alba. Surgió a la vida en las cálidas tierras del oriente del país donde los rayos del sol caen perpendicularmente y penetran en los manglares y en las zonas boscosas; pero también calientan laderas escabrosas, cerros, playas y volcanes; las aguas de caudalosos ríos y apacibles lagunas. En regiones así es imposible apartarse de la belleza, de la luz y las sombras; más difícil aún ignorar la marca y la señal de los ancestros, de las tradiciones, los mitos y las leyendas.

El Aleph (Alex Sánchez), alquimista de sueños, luces y colores, nació en este mágico escenario, sus ojos admirados aprendieron desde temprana edad a conocer los tonos y contrastes de la naturaleza, la certidumbre y la trascendencia fueron para él un motivo de transformación de la realidad, consumada años después con el conocimiento y el estudio de la historia del arte y la combinación de los colores de la vida. Al inclinarse por el hiperrealismo en su primera etapa y trascender luego al surrealismo y al realismo mágico nada más cedía espacio mental y físico a sus experiencias, para decirlo con un lenguaje figurado, estaba rindiendo un homenaje a la primigenias visiones y encuentros con lo más preciado de su pasado natural.

Cuando nos referimos al creador de imágenes, al alquimista de sueños y colores, nada más estamos reafirmando la gran verdad poética de la pintura, de la libertad de creación, de los sentimientos y de las profecías. Aleph fue tocado desde su primera infancia con la varita mágica de los escogidos para recoger no sólo luces y colores, sino las tradiciones y leyendas que forman parte de la imaginaria popular, pero también de la identidad de nuestra nacionalidad. En Moncagua, población lenca del oriente del país, este pintor de tradiciones, luces y colores, tuvo sus primeras aproximaciones con los mitos y las leyendas. De su abuela escuchó las narraciones encendidas sobre la Ciguanaba, el Cipitío, la Carreta Llorona, el Justo Juez de la Noche, el cadejo blanco y el negro y todas aquellos cuentos de camino real que se narraban en los velorios y en las festividades populares.

Esas mágicas interpretaciones, esos

ecos del pasado, esas vivencias de un pasado feliz, las vemos plasmadas en el presente en sus pinturas, en esa especial atmósfera donde se recrea la tradición con el realismo mágico. No es un simple plasmar de imágenes, sino la inmersión de sus motivos en un ambiente surrealista. Todo ello, desde luego, responde a un amor intenso por la naturaleza, a un reconocimiento a nuestros ancestros y a esa delicadeza poética que ha sabido imprimir a todas sus creaciones, certificadas también por el amor paternal a sus gemelos Framboyán y Ticiano, reflejados como no podía ser de otra manera, en las estampas tradicionales, en los mitos y en las leyendas.

En cierta medida sus creaciones narran una historia especial de nuestra identidad. No simplemente por el carácter artístico de sus obras, como podemos apreciar en esta muestra; sino también por los temas escogidos transformados en motivos ideales que plasman una realidad, una tradición, un mito, una leyenda o un homenaje a los ancestros. El valor de las obras no responde necesariamente al tema en sí, sino a la personalidad y las características de su creador. Aleph ha sido coherente con su forma de pensar, de sentir y de vivir. Esos valores proyectados en la pintura, también ha sabido transmitirlos a sus descendientes, a su familia. Por ello el humanismo, la sinceridad y la honestidad están plasmados en sus creaciones.

El indigenismo de Hernández Alemán

Esta exposición se complementa con la presencia de una de las grandes figuras de las artes plásticas salvadoreñas. La pintura de Julio Hernández Alemán no es simplemente un estallido de colores o un efecto de luces como establece el impresionismo. Eso y mucho más: la técnica y la composición de formas totalmente emancipadas. Y es porque este artista es consciente que esas formas son una parte del espacio que le dan integridad y unidad total a la obra.

La unidad plástica que comporta formas de origen natural, ya sea la figura humana o los elementos de la realidad cotidiana, en colores o en contrastes, es una tarea esencial en el quehacer de este pintor de años, de renovado espíritu y de una fe inquebrantable en los valores humanos. Los colores y claroscuros que se repiten incesantemente, no hacen más

que darle fuerza y equilibrio a su trabajo pictórico. Lo mismo los tonos sin ser tan numerosos, son fuertes y rigurosamente uniformes, mates o brillantes.

En el dilatado quehacer de este artista, el drama y el triunfo han consistido en lograr lo imposible: convertir siempre el espacio plástico en lugar de formas y colores; en dar más con menos, Mostrar en el lienzo el poder del color y la forma, la unidad de todos los elementos que concurren en una pintura. Y es que Hernández Alemán, al dominar la técnica que viene de la emoción, ha logrado acceso a dimensiones superiores. La composición pura no podía nacer sino mediante préstamos provisorios al espacio real, préstamos que han permitido a sus formas indígenas adquirir expresiones de gran belleza e impacto visual.

Los cuadros de Hernández Alemán no son simples objetos, figuras o naturaleza muerta, sino que conllevan una composición pura, una técnica depurada y la emoción misma por su resplandeciente belleza. Esa fortaleza que se muestra en la pintura de los mexicanos Orozco, Rivera y Siqueiros y que produce una especie de éxtasis al contemplarla y empezar a desmenuzar cada detalle, no sólo los murales donde estallan los colores y se expande la vitalidad artística, sino los lienzos donde se sitúan las formas y los colores.

En la obra general de Hernández Alemán hay fuerza, vitalidad, no sólo por las luces y los colores que por sí ya son formas de expresión, sino por el valor y las virtudes implícitas, quizás el mayor logro de todo auténtico artista. Además está el mensaje de la mayoría de sus creaciones. Hay fantasía; pero también una recreación de la realidad, de ambientes indigenistas y religiosos, motivos tan recurrentes en su variada obra. Es así porque toda pintura realista que pretenda ser arte, coloca el acento en la realidad, pero también incorpora dicha realidad en un estilo, en una manifestación, pues al final es obra de la fantasía del artista. Julio Hernández Alemán ha sido preciso y contundente en su obra figurativa, pues no sólo ha mostrado los contrastes de la realidad circundante, sino que también ha mostrado la realidad del alma y del espíritu.

El realismo mágico de Aleph revela mucho más del colorismo o las entradas y salidas de luz. Como en el surrealismo acude mucho a su imaginación y a sus sueños para plasmar los efectos físicos del entorno. Las interioridades, las percepciones, los anhelos y las ilusiones también configuran los paisajes y la identidad de los pueblos. La pintura se siente y se aprecia por muchos factores, no sólo por su belleza, su colorido, sus luces y sus tonos. Julio Hernández Alemán lo siente al transformar la superficie en relieve, por la unidad del contenido; Aleph, en cambio, transforma sus sueños, retorna a sus ancestros, presta especial atención a los mitos, a las tradiciones, a las leyendas. Ambos escriben su particular historia pictórica. Ambos se reencuentran y se funden en la misión fundamental de expresar sus anhelos, sus ilusiones, sus esperanzas en la pasión de toda una vida: la pintura.